

MUJERES OLVIDADAS



REX BELL

25

cts

M. M. 4-5



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 534

MUJERES OLVIDADAS

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran actor

REX BELL

Narración de HARRY BALTYMORE

EXCLUSIVAS
CINNAMOND FILMS

Calle Balmes, núm. 51 - Barcelona

INTÉRPRETES:

John Curtys REX BELL
Theddy

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Apenas daban las nueve de la mañana, las oficinas de Armstrong Company, empezaban a verse invadidas de todo ese enjambre de abejas humanas que diariamente tienen que ir en busca del alimento, trabajando ocho horas en la lobreguez de los despachos.

A medida que entraban, marcaban la hora de llegada en un reloj automático que había en la puerta e inmediatamente cada uno ocupaba su sitio, para dar comienzo a la cotidiana tarea.

Era una labor continua, monótona por su parecido con las anteriores, pero que no obstante llegaba en muchas ocasiones al agobio.

El presidente de aquella compañía era un hombre de unos cincuenta años. Se advertía en él un carácter decidido y enérgico, acostumbrado a hacer frente a todos los contratiempos de la vida y que había llegado, gracias a su trabajo y a su tesón, a conquistar aquella desahogada

posición y a ser una de las primeras figuras de las finanzas.

Odiaba, como todo buen trabajador, las adulaciones y su interés recaía siempre en aquellas personas que demostraban un celo extraordinario para el trabajo y una voluntad firme en cualquiera de las empresas. Con este criterio, tan justo de lo que debían ser las personas, la marcha de la compañía era perfecta y su negocio era cada vez mayor.

Como secretario suyo tenía a un joven de unos veinticinco años. Muchacho que había sabido ganarse la voluntad de su jefe, pero que sin embargo resultaba ser un sujeto algo dudoso respecto a ciertos asuntos en los que había intervenido. En ausencia del presidente, era el jefe nato de las oficinas y James Thill, que así se llamaba, aprovechaba estas ausencias de su jefe para hacerle el amor a Tedhy Hatyr, una linda jovencita que trabajaba a sus inmediatas órdenes y que jamás había dado ocasión para ello.

No obstante, James no desesperaba de conseguir lo que deseaba, aun cuando el sentimiento que en él había despertado la muchacha, no era de verdadero amor. Su carácter voluble e impreciso había dado lugar a que por su vida se cruzaran muchas mujeres sin que ninguna hubiera dejado en él más que el recuerdo grato de un flirt o de unas relaciones ilícitas.

En la mirada de aquel hombre, se advertía

cierto cinismo, cierta burla que desconcertaba, pero su posición dentro de la compañía y la falta que a Tedhy le hacía aquel sueldo, la obligaban a soportar las constantes insinuaciones de su jefe, sin poder hacer otra cosa que eludir todas las ocasiones en las que él pudiera insistir sobre sus pretensiones.

Tedhy conocía de sobras las correrías del secretario y, tal vez por aquello mismo, no hacía caso a sus querellas amorosas, a pesar de que James le hacía promesas de fidelidad eterna.

Así las cosas llegó un nuevo empleado. Se llamaba éste John Curthys. Era un muchacho de unos veinte años. Fuerte como un roble y cuya simpatía se traslucía a través de una sonrisa sincera y franca, que denotaba el optimismo de su alma. Entró a las oficinas como recomendado por un viejo amigo del presidente y éste, cuando lo recibió, le dijo:

—Aquí tendrá usted ocasión de demostrar si vale o no. Quiero que llegue usted a ser uno de los principales de mi casa.

—Muy agradecido, señor—respondió el muchacho, emocionado por el buen recibimiento que se le hacía—. Tenga la seguridad de que pondré mi parte cuanto sea posible para conseguirlo.

—Pues a trabajar desde este instante y a ver cuándo empiezo a recibir pruebas de su actividad. Un hombre que es activo y honrado, puede llegar a mucho. Yo mismo hace unos

años, cuando tenía su misma edad, sólo contaba con un sueldo miserable, pero mi laboriosidad y mi tenacidad me han colocado en el puesto que hoy ocupo. Siga mi ejemplo y cuando necesite algo, no dude en acudir a mí.

John salió del despacho del presidente entusiasmado y poseído por un verdadero frénesi del trabajo. El ejemplo que se le había puesto de él mismo, le animaba y se sentía capaz de cualquier hazaña.

Al salir del despacho del presidente tropezó con Tedhy y la muchacha, al verlo, le preguntó agradablemente impresionada.

—¿Es usted el nuevo empleado que ha anunciado el señor presidente?

—El mismo, señorita—respondió él—, a no ser que hoy hayamos entrado dos empleados nuevos.

—No—respondió ella—. Ha sido usted solamente el que ha llegado. ¿No se le llama John Curthys?

—Sí, señorita—volvió a decirle el muchacho cada vez más impresionado por la belleza de la muchacha—. Soy nuevo en la ciudad.

—Pues venga conmigo que le diré el sitio que tiene destinado—terminó diciéndole Thedy.

John la siguió hasta un despacho donde le indicó una mesa y le dijo:

—Aquí tiene usted cuanto necesita, pero si algo le falta, llámeme y vendré en seguida.

—No sé por qué me parece que voy a ne-

cesitar muchas cosas—le dijo él intencionadamente. Thedy comprendió lo que quería decirle con aquellas palabras, pero no obstante fingió no darse cuenta y salió de allí, para dirigirse a la secretaria.

James al verla entrar sonriendo todavía, se acercó a ella y le dijo:

—Así es como me gusta verla a usted, sin ese aire de melancolía que siempre gasta conmigo.

Desapareció inmediatamente la sonrisa de Thedy y volviendo a adquirir su acostumbrada seriedad, procuró evadir la conversación y le dijo:

—¿Quiere usted hacer el favor de entregarme el trabajo para el nuevo empleado?

—¿Le ha visto usted ya?—preguntó el secretario—. ¿Qué tipo tiene?

Thedy, sin darse cuenta de que con sus palabras despertaría los celos de su jefe, le confesó con franqueza.

—Es un muchacho joven y parece muy simpático.

James se volvió hacia su mesa de trabajo y exclamó, al mismo tiempo que recogía unos documentos para que se los entregase a John.

—Tenga: déle estos papeles y dígame que si no está todo terminado para mañana, puede darse por despedido.

La muchacha, sin responder una palabra, recogió lo que le daba el secretario y se lo llevó al nuevo empleado, que inmediatamente se puso a trabajar.

SEGUNDA PARTE

Pasaron varias semanas y la actividad de John era tan manifiesta que el mismo presidente lo llamó un día a su despacho y le dijo:

—Estoy muy contento con su conducta. Sé que es usted un trabajador incansable y que ha resuelto usted varios asuntos que eran de gran interés para la sociedad.

—Me alegro haberle causado esa impresión—respondió John.

—Quiero recompensarle por ello—siguió diciéndole el presidente—, y desde este instante queda usted ascendido a jefe de sección con un aumento de sueldo. Siga usted por ese camino y ya verá qué bien nos entendemos. Sobre todo huya usted de las mujeres. Nueva York ofrece mil ocasiones para que un joven como usted se sienta tentado. Procure resistir y seguir el camino emprendido con tanto éxito.

John salió del despacho del presidente más contento que un chiquillo con zapatos nuevos. Al cerrar la puerta se puso a dar saltos de



—¿Qué te parece si diéramos un paseo?

contento y en aquella actitud lo sorprendió Thedy, que le preguntó riendo.

—¿Se ha vuelto usted loco, John? ?

El adoptó un aire de fingida seriedad y le respondió:

—Desde hoy tendrá usted que llamarme señor Curtys..., he sido ascendido.

—¿De verdad? — preguntó alegremente la muchacha.

—Sí, acaba de comunicármelo el presidente. Me ha nombrado jefe de sección, me ha aumentado el sueldo y además me han felicitado... ¿No se alegra usted?

—Mucho — respondió ella—. Ya sabe usted que le aprecio de veras y que me alegra todo lo bueno que a usted le pase.

John, sin la menor intención, como si se tratara de un compañero, se acercó a la muchacha y, cogiéndola en sus brazos, le dijo:

—¿Qué le parece si esta tarde diéramos un paseo para celebrar este primer éxito mío?

Thedy al ver la ingenuidad casi infantil de aquel hombre, tan diferente a la de su jefe, y le respondió separándose suavemente de él.

—No tengo inconveniente, siempre que volvamos temprano a casa.

—Desde luego—respondió a su vez John—. Además si usted quiere podemos invitar a su madre para que nos acompañe.

La joven se echó a reír alegremente y le dijo:

—Será mejor que vayamos solos. Cuando terminemos, espérame en el coche y daremos un paseo por las afueras.

Se separaron y entonces fué cuando se dieron cuenta de que James había estado escuchando su conversación y les dijo airadamente,

—Les advierto que no es este el lugar más a propósito para hacerse el amor.

John lo miró enérgicamente y adelantándose hacia él le dijo:

—Siento contradecirlo en esta ocasión, pero la señorita me estaba felicitando por mi ascenso. El señor presidente ha tenido a bien recompensar mis servicios ascendíendome a jefe de sección.

—¿Y por eso se sentían tan afectuosos?— exclamó el secretario con cierto retintín.

—Le prohibo que dude usted de mis palabras. Entre la señorita y yo no existe más que una buena amistad y no puedo permitir que nadie dude de ella.

El secretario, ante la actitud que adoptaba John, comprendió que corría peligro y trató de darle al asunto un giro bromista y le dijo:

—Perdóneme, John, creí que por una broma no iba usted a enfadarse de esa forma.

Al oír aquello, cambió por completo la actitud de John y, olvidándolo todo, respondió:

—Siendo la cuestión de broma, nada ha dicho. Perdóneme mi ímpetu y olvide mis palabras. Sin embargo, Thedy sabía que no habían sido bromas las palabras de James y empezaba a tener cierto temor por si el secretario tomaba entreojos a John y se vengaba de él.

Aquella tarde tal y como habían quedado, al salir del despacho, Thedy y John fueron a dar

un paseo por el campo. Los dos jóvenes se sentían tan íntimamente unidos, que ni apenas se daban cuenta del sentimiento amoroso que sentía el uno por el otro.

¡Completamente confiados en sí mismos disfrutaban de las bellezas que les ofrecía el panorama y John, en un momento que se detuvieron, le dijo a la joven.

—Creo que hoy he estado algo incorrecto con James. No debí haberle hablado de aquella forma.

—No le importe—respondió la muchacha—. James no es lo que aparenta.

—¿Qué quiere usted decir? — le preguntó John.

—Sencillamente de que James es un individuo peligroso. Cuídese de no caer en su desgracia, porque entonces está usted perdido.

—¿Es vengativo?—preguntó John—. ¿Cree usted que lo que dijo hoy, lo dijo con intención.

—No sé—respondió la muchacha, no queriendo indisponer a su amigo contra su jefe—. Olvidemos a James y pensemos en nosotros. . En todo esto que nos rodea... ¿No le gusta a usted el campo?

—Lo admiro—respondió John—. Siempre viví en él. En la ciudad me parece que estoy encerrado en la cárcel... ¿Sabe usted cuál ha sido siempre mi ilusión?

Ella movió graciosamente la cabeza en sentido negativo y John siguió diciéndole:

—Pues mi mayor ilusión ha sido encontrar una mujer digna de quien me enamorase y vivir con ella en una casita aislada, para disfrutar más ampliamente de nuestra dicha.

—¿Y encontró usted a esa mujer?—preguntó ella con interés.

—Creo que sí, pero lo que no sé es que si ella también está enamorada de mí.

—¿Y por qué no se lo pregunta?—preguntó Thedy, segura de que se refería a ella.

—Pues... pues, porque todavía no tengo la casita—respondió John—. En cuanto haya reunido lo que me falta se lo preguntaré... ¿Cree usted que me dirá que sí?

—Eso depende de quien sea ella—le dijo sonriendo la joven.

En aquel momento cruzó junto a ellos un coche y John se quedó mirando a su conductor, hasta que finalmente exclamó:

—Es James... ¿Qué irá a hacer por aquí?

Thedy tuvo el presentimiento de que los había espiado y que los había venido siguiendo hasta aquel instante. Sintió una gran nerviosidad y le dijo:

—Vámonos... Ya es tarde y debe estar mi madre intranquila.

John, sin sospechar nada de lo que pasaba por el interior de la joven, emprendió de nuevo la marcha y volvieron a la ciudad.

Aquella noche estaba John solo en su casa, cuando llamaron a la puerta. Le extrañó que



—¿Qué irá a hacer por aquí?

alguien vieriera a verle y se levantó para ver quién era su visitante. Quedó sorprendido al ver que se trataba del secretario y el preguntó:

—¿Usted por aquí?

—¿Le sorprende?—preguntó James, estrechándole la mano.

—Naturalmente. Lo que menos podía esperar era su visita... ¿Sucedó algo en la oficina?

—Nada de eso, hombre — exclamó James sentándose confiadamente—. ¿Quién piensa a

estas horas en la oficina? No se trata de trabajar, sino de algo muy distinto.

John lo miró interrogativamente y el secretario siguió preguntándole:

—¿Tiene usted muchos amigos en la ciudad?

—Casi ninguno—respondió John—. Ya sabe que no soy de aquí y que todo mi tiempo lo he dedicado hasta ahora a trabajar.

—Pues eso no puede ser—exclamó en tono amigable James—. Usted necesita tener amigos, conocer la ciudad, distraerse... Yo le acompañaré.

—¿Usted? — preguntó John—. ¿Y dónde iremos?

—No se preocupe. Usted arréglese y ya verá cómo hay sitios donde se pasa la noche admirablemente.

John, sin sospechar la trampa que le tendía el secretario, se vistió apresuradamente y salió con él. En la puerta subieron en el coche que había traído James y entonces se dió cuenta John de que en el interior había dos mujeres. James, con gran naturalidad, les presentó al muchacho diciéndoles:

—Este es el hombre de quien os hablaba. No ha estado nunca de juerga y es preciso que no se aburra.

—No te preocupes—replicó una de ellas sentándose junto a él—. Yo te prometo que pasará una noche agradable.

Se dirigió a un club nocturno, donde se be-

bía y se jugaba y John, al entrar allí, sintió una sensación de malestar, que de buena gana se hubiera marchado. Kety, la rubilla que lo había tomado por su cuenta, apenas entraron se cogió de su brazo y le dijo:

—No me convidas a beber nada.

—Pero, ¿aquí venden bebidas? — preguntó John.

—Pues claro que sí, hijito. ¿Que creías que íbamos a pasarnos la noche aquí rezando? Anda, ven conmigo al bar.

Lo llevó junto al mostrador y ella misma pidió la consumición. John se lo bebió haciendo un gran esfuerzo y Kety le dijo al camarero.

—Sírvenos otra vez. Queremos ponernos a tono.

Mientras tanto, James hablaba con varios individuos y parecía ponerse de acuerdo sobre algo referente a John, puesto que aquél, mirando hacia donde estaba el joven, le dijo:

—Pierde cuidado que todo saldrá a pedir de boca.

Se separaron los dos y cuando John se acercó a James con Kety, ésta le dijo:

—¿Sabes que tu amigo es un gran bebedor?

—No lo sabía—respondió el secretario.

John sonreía inconsciente sintiendo que los efectos del alcohol empezaban a manifestarse en él.

Siempre, acompañado de Kety, fué hasta

una mesa de juego, en la que estaba el individuo que había hablado con James y le dijo a su compañero:

—¿Vamos a probar fortuna?

—No me gusta jugar—respondió John—. Jamás lo he hecho y creo que ahora debo hacerlo menos.

—No tengas miedo en arruinarte—respondió ella—. Dame unos cuantos dólares y verás cómo duplicamos el capital.

John, pensando que unos cuantos dólares no importaban, se los entregó a la muchacha.

La primera jugada fué favorable y exclamó ella alegremente.

—¿Ves con cuánta facilidad se gana? Yo sé de esto mucho.

Jugó nuevamente, pero aquella vez la suerte le fué adversa y pidió más dinero a John. Este se negó a dárselo, pero ante las miradas de los demás jugadores que esperaban a que se decidiese, terminó por acceder y fué entregándole jugada tras jugada todo el dinero que tenía.

Cuando se le acabó, Kety le dijo:

—¿Por qué no le pides a James un préstamo? Hay que probar fortuna, para ver si ganamos lo perdido.

—Si usted quiere—le dijo el individuo que había estado hablando con James—puede firmarme un recibo y yo le prestaré lo que desee.

Por un lado le sabía mal a John tener que recurrir a un desconocido y por otro tampoco estaba muy conforme con la pérdida, por lo que respondió:

—¿Puede usted prestarme mil dólares?

—Aquí los tiene—exclamó el otro entregándole la cantidad y haciendo un recibo que John firmó.

El mismo camino que habían llevado los anteriores, llevaron aquellos mil dólares y John se alejó de la mesa apesadumbrado por la pérdida que había tenido. James se acercó a él y le preguntó:

—¿Qué le ocurre?... ¿Por qué tiene esa cara?

—Es que ha perdido—exclamó riendo Kety—. Ha perdido cuanto llevaba y además ha dejado a deber mil dólares a un jugador.

—¿De ninguna forma!—exclamó James—. Yo no puedo consentir que usted deba a nadie. Recogeré ahora mismo ese recibo.

Y sin esperar la contestación de John, fué al individuo, con quien había estado hablando, y le dijo:

—Le ruego que me entregue el recibo que le ha hecho mi amigo. Aquí tiene el dinero que le adeuda.

El otro entregó el recibo a cambio de los mil dólares y James se lo guardó sin darle importancia.

Más tranquilo John al saber que su deuda era con el secretario, se dejó llevar nuevamente por Kety y siguió bebiendo, hasta que completamente embriagado sus amigos lo metieron en coche y lo dejaron en su casa.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**Precio
UNA pa.**

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

TERCERA PARTE

Al día siguiente, cuando John llegó a la oficina, se encontraba en un estado de ánimo deplorable. Sentía un peso enorme en la cabeza y apenas si podía coordinar sus ideas. Apenas había entrado en su despacho, cuando lo llamaron desde la secretaría. Fué inmediatamente y se encontró allí con Thedy y con James, que le entregó el recibo diciéndole:

—Aquí tiene uster el recibo que hizo anoche de su pérdida en el juego.

John miró a Thedy que, sorprendida, fijó en él vista y el secretario, como si no se diera cuenta de la presencia de la muchacha, siguió diciéndole:

—Kety me ha encargado que le espera esta noche, cuando salga de la oficina para dar un paseo.

—Lo siento—respondió John, queriendo disculparse ante Thedy—. pero no pienso volver a verla. No me encuentro bien y quiero descansar.



— Le juro que no volverá a suceder.

—Entonces llámela usted por teléfono y dígaselo—respondió a su vez el secretario.

Thedy, sin poder contenerse por más tiempo, salió del despacho y John, sin atreverse a

decirle al secretario que no volviese a hablarle de aquello delante de Thedy, salió tras ella, mientras que James sonreía cínicamente y se frotaba las manos diciendo:

—Me parece que el juego me ha salido mucho mejor de lo que me esperaba.

En la estancia inmediata, John se encontró con Thedy y se acercó a ella diciéndole, con el deseo de darle una explicación.

—Thedy, usted habrá interpretado mal las palabras de James, pero le ruego que no haga caso de nada de ello. Yo le explicaré...

—No necesita explicarme nada — respondió Thedy—. He oído lo suficiente para darme cuenta de todo.

—No, Thedy—siguió diciéndole él—. Yo le prometo que nada de lo que pasó, fué culpa mía.

Y con toda sinceridad le explicó cuanto había sucedido, hasta que la muchacha terminó diciéndole:

—Yo le aprecio, John, y por lo mismo quiero darle un consejo. No haga usted caso de las insinuaciones de James.

—¿Tiene usted prevención contra él?—preguntó John.

—Sí, y me sobran los motivos. Estoy segura de que quiere contagiarme, hacer de usted un individuo como es él. James es un hombre que no conoce lo que es la dignidad. En su vida ha tenido un afecto sincero, como lo prueba

el número de muchachas que él ha hecho desgraciadas para luego olvidarlas... Sea usted como ha sido hasta ahora.

—Había tanta súplica en sus palabras, que John conmovido, le cogió las manos y le dijo cariñosamente:

—Thedy, yo le juro que no volverá a suceder más... Se lo prometo.

—Gracia, John — respondió ella—. ¡Si supiera usted lo feliz que me hace con ello!

Pero a pesar de su promesa, al salir aquella tarde John, se encontró en la puerta de la oficina a Kety, que en cuanto lo vio, comenzó a llamarlo a grandes voces.

John, temiendo despertar la curiosidad de los otros empleados, se acercó al coche donde estaba la muchacha y ésta le invitó a que subiese a él.

—No puedo—respondió John—. Me esperan y tengo que irme.

—Yo te llevaré donde sea—le dijo ella, cogiéndolo por una mano y casi obligándolo a subir.

John, ante el temor de que Thedy pudiera verlo, subió al coche y partió con Kety, pero no tan rápidamente, que no diera lugar a Thedy de verlo marchar.

Lo mismo que la noche anterior, aquella fueron al club, pero con tan mala fortuna, que cuando estaban en él llegó la policía y quedaron detenidos. John estaba avergonzado de sí mis-

mo. Comprendía que si quería llegar a algo, tenía que cambiar por completo aquel rumbo de vida y con esta firme resolución, esperó a que lo pusiesen en libertad.

Al día siguiente, los que como él habían sido encontrados por primera vez en uno de aquellos clubs clandestinos, fueron dejados en libertad mediante el pago de una multa y John se apresuró a marchar a la oficina.

Cuando llegó a ella, le dijo un ordenanza que el presidente había dado orden de que pasara a su despacho en cuanto viniese.

Temiendo que hubieran podido enterarse de lo que le había sucedido, John entró muerto de miedo en el despacho del presidente. Le bastó una sola ojeada para darse cuenta de que el aspecto de él no era tan amigable como el de las otras veces. Esperó a que el presidente terminara de firmar unos documentos y, cuando quedaron solos, aquél se encaró con él y le dijo:

—Me he enterado de lo que les ha pasado a ustedes anoche.

John bajó la vista al suelo sin atreverse a mirarlo de frente y el presidente le dijo de nuevo.

—Es lamentable todo esto, pero nunca creí que fuera usted un joven pervertido, hasta el punto de empeñarse en deudas.

—¿Usted sabe?—preguntó sorprendido John.

—Lo sé todo—siguió diciéndole el presidente—. James me ha informado de toda su

vida y sé que le debe usted mil dólares de una pérdida en el juego.

—¿Ha sido el señor James quien se lo ha referido a usted?—preguntó asombrado John.

—Claro, él es un hombre ecuánime, un hombre incapaz de meterse en esos lupanares y su deber era advertirme para evitar que continuase usted en un puesto de la responsabilidad del que usted ocupa...

Comprendió entonces John la razón que había tenido Thedy, cuando le hablaba de aquella forma de James y, no pudiendo contener su indignación, exclamó:

—¡Ese hombre es un canalla!

—Le prohibo que insulte usted de ese modo a mi secretario—respondió levantándose de su asiento el presidente.

—Usted podrá prohibírmelo—le dijo John—podrá usted incluso despedirme de su casa, pero no podrá impedirme que yo le rompa las narices a ese miserable que ha abusado de mi confianza...

Y sin esperar a más, salió del despacho, mientras que Thedy sufría amargamente, después de haberse enterado de lo que ocurrió la noche anterior.

Una de sus compañeras, que había advertido la tristeza de la joven, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Qué te pasa, Thedy?... ¿Has reñido con John?



—¿Y es por ésto por lo que te apuras?

—Yo no he tenido nunca nada que ver con ese granuja—respondió Thedy casi llorando. Su amiga intentó consolarla y le dijo:

—Bien sabes que yo siempre he sido una

buenas amigas tuyas... ¿Por qué no me dices lo que tienes?

Thedy, por toda contestación, le enseñó un periódico, en el que se publicaba la noticia de la detención de John y su amiga, después de leerlo, le dijo:

—¿Y es por esto por lo que te apuras?

—¿Crees que no es motivo suficiente?

—Desde luego, pero no debes culpar a John de nada de lo que ha ocurrido.

—¿A quién quieres que culpe? — preguntó Thedy.

—A James. El estaba con ellos y sin embargo bien ha procurado que su nombre no aparezca entre los detenidos... ¿Por qué no ha hecho eso mismo con John? Si tú le desprecias, entonces es cuando es fácil que le pierdas para siempre. Tu deber es evitar que siga en la compañía de James.

Thedy quedó unos momentos indecisa y, al fin, respondió:

—Es verdad, John no tiene aquí a nadie y debo ser yo el que le ayude a salvarse.

Si lo dejara, terminaría siendo un juguete de ese miserable.

Pero la audacia de James había llegado a mucho más. Su deseo de quitarse para siempre la rivalidad de John, le había inducido a escribir un anónimo a la madre de Thedy diciéndole:

“Si quiere usted salvar la dignidad de su hija y evitarle un daño irreparable, procure alejarla

de su novio. John Curtys es un jugador y borracho que ha conseguido enamorarla. Como prueba de lo que le digo es el adjunto diario.”

La madre de la muchacha al leer aquel anónimo, quedó anonada ante la desgracia que para ella representaba aquello. Esperó a que llegase su hija, y en cuanto entró ésta en la casa le preguntó:

—¿Conoces tú a un tal John Curtys?

Aquella pregunta le sorprendió tanto a la joven, que sin saber qué responder, exclamó:

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque me interesa saberlo. Ya sabes que no tienes padre y que yo soy la única persona que puede defenderte.

—¿Y de quién has de defenderme?—preguntó tímidamente la muchacha.

—He de defenderte de ese John Curtys. Sé que le amas y sé también que se individuo es un perdido que no merece que lo miren a la cara.

—Mamá, por Dios—respondió la muchacha.—Hablas sin razón de ese señor.

—¿Sin razón? — exclamó su madre en el colmo de la indignación—. Ya te demostraré yo a ti si tengo o no razón. Por lo pronto esta tarde no irás a la oficina.

Y a pesar de las protestas de la joven, Thedy tuvo que quedarse en la casa, con la zozobra propia, al no saber qué era lo que su madre pretendía hacer.

Aquella tarde, cuando habían entrado todos los empleados, apareció en la oficina la madre de Thedy deseando entrevistarse con el presidente.

Este, al enterarse de que se trataba de la madre de una de sus empleadas, la recibió inmediatamente y la buena mujer le puso en antecedentes de lo que ocurría, diciéndole al final:

—Yo quisiera conocer a ese individuo que ha hecho eso con mi hija. La ha engañado para luego abandonarla.

—No hay inconveniente en ello—respondió el presidente—. Venga usted conmigo.

El mismo la acompañó a la sección donde estaba John, a quien presentó a la madre diciéndole:

—Esta señora es la madre de Thedy, que quiere hablar con usted.

—Usted dirá, señora—respondió John, sin sospechar el motivo de aquella visita.

—Vengo a que deje usted en paz a mi hija. Me ha dicho que usted le prometió casarse con ella, pero yo jamás consentiré que un sinvergüenza como usted, la haga una desgraciada.

John no comprendía aquella indignación de la buena señora y, procurando contenerse, le dijo:

—Le ruego que se explique mejor, señora. Usted debe estar confundida.

—¿Confundida?—exclamó ella—. Mire us-



— Debe estar usted confundida.

ted esta carta que he recibido y dígame si no es verdad lo que en ella me dicen.

John, apenas leyó el anónimo, adivinó que había sido enviado por James y exclamó, sin importarle ya nada el perder o no el empleo.

—Espérese un instante que el que ha escrito eso le va a decir la verdad.

Y ante la extrañeza de todos, corrió en busca del secretario y lo trajo a la fuerza a donde estaba el presidente y la madre de Thedy.

Cuando lo tuvo allí, le preguntó:

—¿Sabe usted algo de esto?

El secretario leyó el anónimo y respondió:

—Yo no sé nada de sus asuntos.

Por toda respuesta John le dió un puñetazo que le hizo rodar por tierra, al mismo tiempo que le decía:

—Si no confiesa usted la verdad de lo ocurrido y dice que nadie más que usted tiene la culpa, le deshago en presencia de todos.

Y ante la actitud de John, James confesó la verdad. Al terminar su narración el presidente se acercó a él y le dijo:

—James, desde este instante queda usted despedido. El señor Curtys ocupará su puesto. Es lo menos que puede usted hacer en compensación del daño que ya le ha hecho.

Pero John, lo que menos le importaba era aquello y, acercándose a la madre de Thedy, le dijo:

—¿Es cierto que su hija le dijo que quería casarme con ella?

—Ella no me lo ha dicho — respondió la buena señora —, pero estoy segura de que está enamorada de usted. Siempre me habla de una casita en el campo.

—Pues vamos los dos juntos a decirle que la casita está próxima a edificarse y a que prepare todo lo necesario para el casamiento.

Y mientras que John iba en busca de la di-

cha que le aguardaba en los brazos de Thedy, el presidente de la compañía se encerraba en su despacho y se decía:

—Ahora es cuando ese muchacho podrá desarrollar todas sus actividades. He hecho una gran adquisición.

FIN

No deie de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

AUDIENCIA IMPERIAL

En el marco evocador y poético de la exuberante
campiña holandesa, entre bellas canciones y
música deliciosa, brota como una flor, un
idilio amoroso entre un apuesto oficial y
una sencilla campesina. Amores sencillos
e ingenuos como las almas de los pro-
tagonistas, pero que encierran, dentro
de su misma sencillez, el perfume
fascinador de un romanticismo
de los tiempos ochocentistas,
transportado a nuestros días.

Creación de

Martha Eggert

Precio: UNA peseta.

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"-Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
aviso del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

BIBLIOTECA UTIL

AUMENTE SUS ENCANTOS CON EL

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

del
Instituto de Belleza de París

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

UNA peseta tomo

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil
tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado
antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos succulentos y escogidos

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

recopilación de

Precio popular

UNA peseta

Dionisio Fernández Vidales

"chef" del Majestic Hotel

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apar. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis